Manuel López Ramírez

El tercer cuadro

El tercer cuadro
Manuel López Ramírez

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-17110-75-8

2ª Edición

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros
© 2019 Manuel López Ramírez
© 2019 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

CAPÍTULO I SUIZA. El Contrato.
Veinte de Mayo del 2002. 11.35 AM 9

CAPÍTULO II SEVILLA. El Cura de Venecia
Doce de Mayo del 2002 21

CAPÍTULO III ZURICH. GREINFISEE. La Fiesta
Veinte de Mayo 2002. 19:00 PM..... 37

CAPÍTULO IV BRUSELAS 4 de Septiembre 1569.
Muerte de Pieter Brueguel el Viejo..... 55

CAPÍTULO V. **VIENA. Museo Kunsthistorisches. Isabella**
Martes veintiuno de Mayo. 17:00 horas 75

CAPÍTULO VI VIENA.
Miércoles 22 Mayo 2002. 15:00 Horas..... 91

CAPÍTULO VII. **Humiliatis**
Miércoles 22 de Mayo 2002. 11:30 de la noche 113

CAPÍTULO VIII. MADRID
Viernes 24 de mayo del 2002. 11:00 am..... 131

CAPÍTULO IX. BRUSELAS 1578.
Mayken. Encuentro con Lope Albarrán..... 151

CAPÍTULO X. MADRID. Casa Albarrán
Lunes 27 de Mayo de 2002..... 165

CAPÍTULO XI. CASA ALBARRÁN. El Cuadro de la Biblioteca
Lunes 27 de Mayo del 2002, 23:00 noche..... 187

CAPÍTULO XII
Miércoles 29 de Mayo 2002. 11:15 am..... 203

CAPÍTULO XIII
El secuestro 219

CAPÍTULO XIV
El Anagrama 235

CAPÍTULO XV. La biblioteca de la Casa Albarrán.
Viernes 31 de Mayo de 2002..... 253

CAPÍTULO XVI
El Tercer Cuadro. Madrid 1583 271

CAPÍTULO XVII.
Lope en Bruselas. Año 1.583..... 289

CAPÍTULO XVIII.
La Búsqueda..... 307

CAPÍTULO XIX.
Reunión en Greifensee..... 325

CAPÍTULO XX
BRUSELAS 1583. El Acuerdo..... 347

CAPÍTULO XXI.
La Marcha del Toreador..... 367

El tercer cuadro

CAPÍTULO I SUIZA.
El Contrato.
Veinte de Mayo del 2002. 11.35 AM

—Monsieur Sanz,... Monsieur Sanz.

Víctor Sanz la escuchó la primera vez, pero el idioma francés le encantaba cuando era pronunciado por una mujer francesa. Se hizo el dormido y esperó que hablara de nuevo.

—Monsieur Sanz —insistió la azafata.

Víctor abrió los ojos y sonrió.

—Oui mademoiselle —dijo Víctor.

—Nous somme arrivé a l´áirport de Geneva on vingt minutes, me pidió Vd. que le despertara —dijo la azafata acabando la frase en español con una bella sonrisa.

—Mercí bien madeimoselle —dijo Víctor.

No era la primera vez que Víctor Sanz viajaba en un avión privado, pero este avión superaba ampliamente a la normalidad. La azafata le preguntó si quería algo de beber.

—Oui, on peu de champagne —dijo Víctor mezclando francés y español.

La midi—botella de Moet Chandon Brut Imperial no había podido resistir el empuje sediento de Víctor, la había acabado, solo quedaba en la botella líquido para algo menos de una copa.

—Es suficiente —dijo Víctor cuando la azafata se disponía a abrir otra botella.

El Falcon 7000X es un potente avión trimotor con un radio de acción de unas seis mil millas, de última tecnología, de vuelo suave, sin ruidos.

Realmente el Sr. Schoner tenía buen gusto, además la decoración interior diseñada cómo cabina de negocios, era muy acogedora.

Había dos asientos delanteros uno a cada lado del fuselaje, un poco más atrás un grupo de seis asientos con dos mesas auxiliares y un pequeño dormitorio doble en la parte trasera. Pero lo más interesante de este avión era la sofisticada tecnología de comunicaciones que incorporaba a su equipamiento, y que permitía la comunicación telefónica vía satélite así cómo banda ancha incorporada al equipo informático.

Víctor activó el altavoz de cabina, que le permitía escuchar las conversaciones entre pilotos y torre...

—Aproximación de Ginebra aquí Bravo Alfa seis uno cinco, en vuelo de Madrid a Ginebra, estamos a nivel uno ocho cero, sesenta y cinco millas del V.O.R de Cointrín, solicitamos descenso para aproximación —habló el copiloto.

—Bravo Alfa seis uno cinco, aquí aproximación Ginebra, le tenemos identificado, descienda y mantenga nivel de vuelo cero seis cero hasta el VOR, después pase con torre de Cointrín en uno, tres, cinco punto veinticuatro. Bienvenido.

El Falcon inicio un suave descenso cogiendo algunas turbulencias al atravesar un manto de nubes que parecían cúmulos.

Era el momento de llamar a Brian, marcó el número, y una voz metálica le pidió contraseña, que Víctor introdujo a través de la numeración del teléfono fijo del avión. Brian es el más antiguo del equipo, lleva con Víctor ocho años y a pesar de su juventud, pues no pasa de los treinta y cinco años es un genio informático y de las tecnologías aplicadas a las comunicaciones. El diseño de las plataformas y redes que garantizaban la seguridad informática y de comunicaciones de la organización de Víctor era único, inexpugnable.

Cualquier miembro del equipo que recibiera una llamada de un número de teléfono no identificado, no activaba el móvil receptor, pero sin embargo rastreaba automáticamente la llamada hasta su localización geográfica.

—Buenos días Vic—dijo Brian.

No sé porque Brian lo hacía, pero a Víctor no le gustaba nada el diminutivo con el que Brian le llamaba, se lo había dicho en repetidas ocasiones pero no le hacía caso. Le había dicho al inglés que no le llamara Vic, que además era una marca de una conocida crema mentolada para combatir la tos, pero el inglés ni caso, lo peor era que es imposible enfadarse

con él, pues tenía un carácter divertido y jovial.

Buenos días Brian— saludó Víctor.

—Te tengo perfectamente localizado, estás a unas 40 millas de Ginebra. El nuevo localizador es potentísimo, procura no perderlo Vic —le dijo Brian

—No lo haré Brian— dijo Víctor— ¿Que tienes de Swiss Finance?

—Swiss Finance es una empresa de nuestro cliente Cristian Shoner, pero es solo un centro administrativo que controla un grupo de pequeñas empresas asociadas al Sr. Shoner, de las que tiene mayoría de acciones. Está empresa está participada al 100 % por el Bussines Group Schoner, que es la parte gruesa del pastel. El grupo de empresas Shoner factura anualmente algo más de cuarenta mil millones de euros y toca prácticamente todos los sectores industriales y comerciales. Nuestro cliente está considerado una de las personas más ricas del mundo. Gran parte de su fortuna la gasta en fomentar y conservar patrimonios arquitectónicos de diversos países. Posee además una impresionante colección de obras de arte, sobretodo pinturas, que cede temporalmente a distintos museos previo pago de algunos dólares Vic, que los ricos no dan nada gratis — dice Brian.

—Céntrate Brian, estamos a punto de aterrizar —le dice Víctor.

— Vale Vic, nuestro cliente ha adquirido en estos días una obra de arte en una subasta en Sotheby´s, de un gran pintor holandés llamado Benson, Ambrosius Benson, resulta que está obra le está siendo reclamada por el gobierno español, pues parece ser que fue robada de la iglesia de Santa Cruz de Nájera, allá por el año 1913. El señor Schoner tiene una fiesta en su palacete de Suiza para enseñar la obra y presumir ante sus amigos ricos.

—¿Supongo que me cuentas esto por algo? —dijo Víctor.

—La fiesta es está tarde. Si tu reunión es esta tarde, estarás invitado a la presentación. ¿No, Vic?

—Es la primera noticia que tengo, Brian

—Bien Vic, la comida que tendrás ahora, estará dirigida por el Sr Grunill, es un pez gordo de la abogacía suiza, tiene un importante bufete de abogados, casi todos trabajan para Bussines Shoner Group.

El otro personaje es el jefe de seguridad de Shoner, ex militar, de los grupos especiales del ejército holandés, tiene varias medallas y condecoraciones de su permanencia en el ejército. Es hombre de confianza de

Shoner, y dirige a un grupo de veinte sabuesos. Seguro que a estas horas tiene tu dossier en sus manos y creerá que lo sabe todo de ti. Se llama Hans Terrell.

—Gracias Brian, vamos a aterrizar ya, ¿algo más?

—Sí, tienes un móvil adicional en tu maletín, totalmente completo y con el mismo número, tal como pediste —dijo Brian.

—OK Brian —se despidió Víctor.

Hace unos años, decidimos crear un perfil curricular de los miembros del equipo, de forma que sin desviarnos excesivamente de la realidad, podríamos introducir datos no significativos en la vida profesional así cómo ocultar cualquier información desfavorable. Brian es un verdadero artista en ello, para él entrar en las bases de datos gestionadas por organismos oficiales es muy fácil, coser y cantar cómo decimos en términos populares. Esto nos permite tener cierta ventaja ante nuestros interlocutores.

—En tres minutos aterrizaremos Sr. Sanz, por favor asegure su asiento—dijo la azafata francesa — interrumpiendo el pensamiento de Víctor.

El aterrizaje fue un poco accidentado pues había turbulencia en aire claro en el tramo final de aproximación a la pista.

Desde la ventanilla Víctor observaba el rodaje del avión, que se dirigía hacia un parking privado en el que había otros aviones de similares características. Víctor se despide de la tripulación y baja a tierra

—Buenos días Sr. Sanz —le saluda en perfecto español el chofer de la limusina, extendiéndole la mano.

—Buenos días —saludó Víctor.

— La Srta. Swtenson le llamara ahora — dijo el chofer abriendo la puerta trasera del coche.

A los pocos minutos recibe una llamada en su móvil.

Víctor identifica en la llamada a la Srta. Margaret Swtenson, la secretaria personal del Sr. Shoner y su única interlocutora hasta ahora. Habla inglés con marcado acento Galés, da la sensación de ser una persona extrovertida por su facilidad para conversar y por el trato amable que ha dispensado a las charlas telefónicas mantenidas entre ambos, le permite a Víctor tomarse la libertad de llamarla por su nombre.

— Margaret, estoy en Suiza y encantado de saludarla— dice en tono alegre Víctor.

—Buenos días Sr. Sanz —dice Margaret, hay un pequeño cambio en la

agenda de trabajo que espero que no le importe.

— Explíquese Margaret.

—El Sr. Schoner tiene está tarde un evento al que no puede dejar de asistir ya que es el anfitrión, y me ha pedido que vaya Vd. al evento, se quede cómo invitado en su casa, y a primera hora de la mañana podrán reunirse. ¿Algún problema Sr. Sanz?

— Ningún problema Margaret —dijo Víctor.

—Estupendo Sr. Sanz, ahora le llevamos al Hotel Bristol, que me pidió Vd. expresamente

—Es que tiene un pequeño pub, dónde preparan un gin tonic magnífico —le dice Víctor.

La risa de la Srta. Swtenson sonó franca y fuerte al otro lado del teléfono

— No será solo por eso Sr. Sanz —dijo la Srta. Swtenson.

— Se nota que no ha probado el gin tonic del pub del hotel —dijo Víctor.

— Bien, Sr. Sanz, a las doce cincuenta le recogerá el chofer y le llevara al restaurante Le Park des Eaux—Vives, dónde le espera el abogado del Sr. Schoner y el jefe de seguridad Sr. Hans. En esa reunión podrá tratar las condiciones de su contrato, pero el trabajo a realizar lo tratará directamente, con el Sr. Shoner mañana por la mañana, que me ha insistido en la confidencialidad del asunto, del que en líneas generales solo lo sabemos Vd. y yo al margen de las personas allegadas y competentes en esa materia que el Sr Shoner haya considerado. Después de la comida, a las diecisiete horas irá junto con el Sr. Hans al aeropuerto dónde se trasladara en helicóptero a Zúrich, al palacete del Sr Schoner dónde asistirá al evento

— Margaret —dijo Víctor, le he de pedir un favor personal. El restaurante Parc des Eaux Vives es magnífico, probablemente el mejor de Ginebra, pero si mis comensales no tienen inconveniente preferiría ir a un pequeño restaurante que está en la rue de Rhone, aunque tiene entrada por la Quai de Guisan, se llama L'Entrecort, y también prefiero caminar desde el Hotel al restaurante, que está a unos quince minutos.

—Eso está hecho Sr. Sanz, a mí también me gusta el restaurante L´Entrecot, es muy acogedor —dijo la Srta. Swtenson.

— Es Vd. un encanto Margaret. ¿Tendré ocasión de conocerla?

—Supongo que si Sr Sanz, estoy invitada a la recepción del Sr. Shoner junto con mi tío, que es amigo personal del Sr Schoner —dijo la Srta.

Swtenson.

—Estupendo Margaret, allí nos veremos.

Hotel Bristol .Ginebra

Es un momento intenso, Víctor observa al camarero del Hotel, que está preparando un estupendo gin tonic, es pasado mediodía.

Tengo treinta minutos antes de salir para el restaurante —piensa Víctor.

Ahora el barman exprime un poco de limón, y aprieta la cáscara, de dónde sale el jugo espolvoreado en diminutas gotas impregnando los cubitos de hielo del ancho vaso, llenando de aroma su interior. Luego pasa el limón por el borde del vaso, finalmente lo deja dentro del mismo

—¿Que ginebra desea Sr.?

— Citadelle o London Gin, cualquiera de las dos — dice Víctor.

La botella de Citadelle es de un amplio colorido en fondo de cristal, el camarero echa poca ginebra, lo justo, y cuando la tónica y el limón se mezclan se produce una explosión de burbujas que intentan salir al exterior del vaso, la bebida se culmina con dos rodajas de pepino, una pequeña agitación y... ¡ya está!

— Su gin tonic Sr. —dice el camarero depositándolo en la barra, y acercándolo hacia él. Un espectacular vaso lleno de colorido y movimiento.

Suena el teléfono móvil, justo antes de que Víctor saboreara su primer trago, estaba en el momento de oler intensamente el interior del vaso, olor a limón, pepino, es fantástico —pensaba Víctor. Era Brian.

—Dime Brian

—Vic, he contactado con María y con Marcos, están libres para una incorporación inmediata — dice Brian.

—Gracias Brian, por cierto llevabas razón, estoy invitado a una fiesta en Zúrich está tarde. La reunión con Schoner será mañana —le comenta Víctor.

—Seguramente la fiesta será en Greifensee, es una pequeña población a orillas de un lago, dónde Schoner tiene un castillo medieval totalmente reformado, lo estoy viendo por satélite. Está a unos veinte kilómetros de Zúrich hacia el Este —dice Brian.

— Según el programa saldremos de Ginebra a las 17:00 horas en un helicóptero de la compañía. Por cierto Brian, te he hecho caso y he cambiado el restaurante —dijo Víctor.

—Bien hecho Vic. El Sr Hans estará ahora mismo de los nervios.

El paseo hasta el restaurante le sirve a Víctor para pensar en la reunión que va a mantener ahora con los empleados de su cliente. Del caso solo sabía las generalidades que le comentó la Srta. Swtenson, pero las suficientes para generar interés por el mismo.

La posibilidad de encontrar una importante obra de arte de la que se rumoreaba de su existencia y que en el mundillo artístico se había dado por perdida, es siempre un reto para un buscador de tesoros cómo Víctor, pero lo definitivo para la aceptación preliminar del trabajo, fue cuando Margaret apuntó que la investigación inicial de los últimos meses podría dar al caso una dimensión mayor de lo esperado. La propuesta está a punto de producirse en un pequeño restaurante.

De todas formas, unos días en Suiza con todos los gastos pagados, más unos honorarios de cinco mil dólares solo por escuchar la propuesta del Sr Schoner, era algo fácilmente soportable —pensaba Víctor.

Estaba atravesando el Pont du Mont Blanc, el más amplio puente de los cinco que están sobre el río Ródano, muy animado por el intenso tráfico tanto de coches cómo de los ciudadanos que caminan por sus laterales. Realmente se disfruta de una buena vista desde el puente, y aunque el día estaba un poco nuboso había buena visibilidad, lo que permitía ver en el horizonte la silueta recortada de los montes de Saboya, y el macizo del Mont Blanc, que da origen al nombre del puente. Del extremo de un pequeño puerto deportivo sale impetuoso un chorro de agua semejante a un geiser, que puede alcanzar una altura de ciento cuarenta y cinco metros. Llegando al final del puente, dónde se ubica el Jardín Inglés, se encuentra el famoso reloj de las flores. Víctor no se preocupó cuando tuvo un pequeño encontronazo con un señor de cara regordeta y gafas redondas.

El hombre siguió su camino sin decir palabra alguna

Vaya modales —pensó Víctor.

Se encontraba a unos metros del restaurante, consultó la hora, las 12:45, justo a tiempo. Abrió la puerta.

—Buenos días Sr., ¿Va a comer?— le pregunta una amable Srta.

—Sí, creo que habrá una reserva, mi nombre es Víctor Sanz.

—Efectivamente Sr, sígame, hay dos caballeros esperándole— le dijo la Srta.

El restaurante estaba bastante concurrido, hacia la mitad había una escalera por la que Víctor nunca había subido, al término de la misma se

abrían varios comedores reservados, Víctor seguía a la Srta., que le llevó directamente hacia uno de ellos que estaba cerrado, golpeó con dos suaves toques en la puerta y desde el interior se autorizó a pasar.

—Bienvenido a Ginebra Sr Sanz.

El que así hablaba debía ser el abogado, estaba realmente obeso, el otro, vestido con un impecable traje negro, le tendió la mano y le saludó

—Buenas tardes Sr. Sanz, soy Hans Terrell jefe de seguridad de Industrias Schoner, él es el Sr Grunill abogado personal del Sr Schoner.

—Encantado de conocerles Sres. —dijo Víctor.

—¿Desean tomar algún aperitivo, alguna bebida tal vez? —pregunta la camarera.

—Que dice Vd. Sr. Víctor ¿Gin Tonic?—pregunta el abogado

—Solo agua, por favor, Evian bien fría —pidió Víctor dirigiéndose a la camarera.

Así que ya sabían mis gustos, Brian no se equivocaba, nos han estudiado a fondo—pensaba Víctor.

— Bien Srta., dijo el Sr Grunill, Evian para todos.

—El Sr. Schoner tiene muy buenas referencias suyas, Sr. Víctor,— era Grunill quien hablaba— me ha encargado que en su nombre formalice un acuerdo de colaboración con Vd. para que dirija la investigación acerca del paradero de algunas obras de arte en las que nuestro jefe se encuentra interesado. Según me ha dicho personalmente, puede ser una tarea ardua y difícil, y con pocas posibilidades de éxito, pero espera mucho de Vd.

Una persona muy conocida en España y con relaciones comerciales con el Sr. Shoner, le comentó que resolvió Vd. con bastante celeridad el robo de unas pintúras en su casa madrileña.

— Bueno, no es exacto Sr. Grunill, fue una excelente colaboración con la policía y fuerzas de seguridad— dijo Víctor dirigiendo su mirada al Sr Hans que hizo un atisbo de sonreír.

— No sea modesto Sr Víctor, sabemos que es Vd. un excelente investigador y un gran amante del mundo del arte en general— dijo Grunill.

—A veces con la sola aplicación de la lógica, una gestión adecuada y ordenada de nuestros razonamientos, se alcanzan buenos resultados —dice Víctor, sin embargo la clave de la eficacia es contar con un buen equipo.

—En cuanto al tema del arte, —prosiguió Víctor —lleva Vd. razón en

que me gusta muchísimo, pero sobretodo la historia que encierran esas obras, porque todas tiene una historia Sr. Grunill, y siéndole sincero, no entiendo mucho del proceso creativo, ni a veces de la belleza del mismo.

—Sr Sanz, ¿Porque ha insistido en cambiar el restaurante? le soltó a bocajarro el Sr Hans, que evidenciaba la molestia del cambio.

—Perdone la brusquedad del Sr. Hans, pero no lo puede evitar —le interrumpió el Sr Grunill, es directo, cómo ve no tiene mano izquierda.

— No importa Sr Grunill —dijo Víctor. Es muy simple y el Sr. Hans me va a entender perfectamente. No les conozco y quería estar en un terreno neutral, conocido por mí, dónde el Sr. Hans tal vez no hubiera instalado elementos de escucha o visualización.

— Bien, está claro que Vd. Sr. Víctor tampoco tiene mano izquierda —dijo Grunill, que espontáneamente se puso a reír contagiando a sus interlocutores.

La tensión se había roto, eso era bueno —pensó Víctor —que cogiendo la jarra de agua que acababa de dejar la camarera sirvió al Sr Grunill y al Sr. Hans

— Sr. Víctor, el Sr. Schoner me dijo que pusiera Vd. las condiciones del acuerdo, y si son razonables la refrendamos directamente por teléfono con el jefe.

El asunto parecía muy interesante a simple vista, y sin muchas complicaciones, pero por la experiencia de años en el negocio es conveniente asegurar los imprevistos —pensaba Víctor, que ya tenía pensado desde hacía tiempo la formula económica más adecuada.

— Doscientos cincuenta mil dólares ahora, y otro tanto por el buen fin del trabajo si se concreta o si se considera oportuno, ya que cómo Vd. dice Sr. Grunill, las posibilidades de éxito son mínimas, así que dejo a la estimación del Sr. Schoner la cantidad final al término del trabajo, que en principio ha de terminar en un año. La renovación seria pactada nuevamente. En todo caso la cantidad mínima a recibir seria de cien mil euros. Además una cantidad mensual de treinta mil euros en concepto de honorarios, que le facturará mi compañía por servicios prestados, y por último cinco tarjetas de crédito con cargo a una cuenta de la corporación del Sr. Schoner dónde se cargarían los gastos imprevistos y cotidianos necesarios para llevar adelante el trabajo. Estos gastos se descontarían de la facturación mensual de honorarios.

El silencio en la mesa, puso nervioso a Víctor, pues parecía que sus condiciones habían superado lo razonable para este tipo de trabajo.

El Sr Grunill, sin decir palabra alguna, saco su teléfono móvil, marcó

un número, y comenzó a hablar

—Sr. Schoner—dijo Grunill— estamos sentados con el Sr Sanz, sus condiciones parecen razonables. No se preocupe, estará esta tarde en su fiesta.

Sr Sanz, bienvenido al equipo, ahora podemos comer el fantástico entrecot que sirven en este restaurante— dijo el Sr Grunill.

Así, sin más, sin una discusión.

La comida fue de conversación intrascendente, lo único interesante fue la explicación que Hans expuso de la organización de seguridad que mantenía en torno al Sr. Schoner, era un pequeño ejército.

Grunill se despidió de Víctor y Hans, manifestando su disposición a cualquier asunto y asegurándole a Víctor que durante el día de mañana tendría el dinero en la cuenta numerada que le dio en el USB Bank, así como las tarjetas que las podrían recoger en el mismo banco.

—Se está haciendo tarde, deberíamos dar por terminada la reunión Sr Sanz, un coche le llevara al hotel a recoger sus pertenencias y le trasladara al aeropuerto, el Sr Hans le esperara allí, ¿de acuerdo?—dijo el Sr Grunill.

Hacia la casa del Sr Shoner

Hans y Víctor estaban sobrevolando Zúrich en un helicóptero Bell 311, con destino el palacete del Sr Schoner. Se ve perfectamente la torre alargada de la iglesia Fraumunster, o la aguja, cómo la llaman los suizos, ahora vamos pasando la ciudad universitaria, Hans le iba señalando a Víctor estos monumentos, por cierto, Hans iba bastante tenso.

—¿Que pasa Hans?— pregunta Víctor.

—No me gusta volar en helicóptero Víctor .Sin embargo parece que tú estás en tu salsa — responde Hans.

—Fui piloto de las Fuerzas Aéreas Españolas— le respondió Víctor, sabiendo que le decía algo que probablemente Hans ya sabría, pero que podía dar pié a un mejor entendimiento entre “ambos habían servido al ejercito de sus respectivos países.

Hans había estudiado con minuciosidad el dossier que acerca de Víctor su equipo le había preparado, y su lectura le había inspirado un gran respecto por él, sobre todo en lo referente al periodo militar, dónde alcanzó una alta graduación. En su etapa militar Víctor Sanz fue piloto del Ejercito del Aire Español, participando en misiones de combate real en el conflicto que mantenían en el Sahara, España y

Marruecos. Allí en el Sahara español estuvo destinado varios años desempeñado todas las misiones aéreas que en tiempo de guerra se pudieran llevar a cabo, llegando a ser condecorado en dos ocasiones por el valor demostrado en la realización de las mismas, así como por su comportamiento destacado y heroico en estas acciones, que finalmente fueron reconocidas por el Gobierno Español con la concesión de dos Medallas Militares al Mérito Aeronáutico, la más alta graduación que otorga el ejército del Aire Español a sus miembros. También destacó Víctor Sanz en la aviación civil, fue piloto de reconocido prestigio en Organizaciones Aeronáuticas civiles, cómo se le reconoce en su actuación cómo piloto de pruebas de dos de los aviones de transporte medio de construcción española. Es poseedor de diversas distinciones por su colaboración cómo experto en los distintos vuelos de pruebas y puesta a punto de los mismos.

Abrió la ruta aérea entre España y Guinea Ecuatorial, iniciando los vuelos entre los dos países que dieron lugar a una mejora en las relaciones políticas entre ambos. También, y lo que le llamó poderosamente la atención a Hans, fue la colaboración que Víctor Sanz tuvo con el gobierno holandés en su ayuda cómo piloto experto del avión Foker Marítime. En colaboración con el gobierno español Víctor Sanz fue contratado por la Industria Holandesa Foker para volar alrededor del mundo pilotando el nuevo avión de salvamento y rescate que la prestigiosa empresa aeronáutica holandesa ponía a disposición de los distintos países del mundo. Por ello Víctor Sanz, por los servicios prestados a Holanda era poseedor de la gran cruz Orange Nassau

Al conocer personalmente a Víctor, Hans pudo confirmar que estaba ante un hombre duro e intrépido, acostumbrado a la acción y a tomar decisiones importantes con rapidez y eficacia. Con su apariencia afable podría engañar a cualquier observador no experimentado, pero no a él, sabía que podría ser un hombre peligroso en cualquier momento. También sabía que podría confiar en él.

—¿Así, que fuiste militar? ¿Por qué lo dejaste Víctor?—le preguntó Hans.

Aunque la versión del helicóptero (Bell307) que estaban volando iba acondicionado para pasajeros civiles, ni Hans ni él llevaban el casco puesto, y había que elevar bastante la voz debido al ruido que hacían el motor y rotor de las hélices, así que Víctor decidió por ser rápido y sincero en la respuesta.

—Creo, que por la misma razón que tú, Hans— le respondió Víctor,

que dejó de mirar por la ventanilla para mirar directamente a los ojos del holandés.

Hans sonrió, con esa respuesta, Víctor le estaba diciendo que le había estudiado y que conocía que había pertenecido al ejército holandés en una de sus mejores etapas de su vida, también le decía que confiaba en él, que sería un buen compañero en la investigación futura.

En un acto espontáneo Hans tendió la mano a Víctor, que amistosamente la estrechó.

Hans le hizo señas a Víctor para que se pusiera el casco y acercara el micro a su boca.

— Vamos un poco tarde Víctor, y han surgido algunos inconvenientes respecto al protocolo de seguridad, así que cuando lleguemos al castillo te dejare en manos de un agente de seguridad que te acompañara a tu habitación y te entregara un walky con mi frecuencia operativa, de forma que puedas tener comunicación directa conmigo.

Tu habitación está en la zona privada, dónde no hay vigilancia de cámaras y dónde se instalan habitualmente a los familiares y las personas más allegadas del Sr. Schoner. A las ocho y quince pasare personalmente a recogerte para estar en el salón principal dónde se celebra el acto de esta noche — siguió diciendo Hans. El cóctel es al más puro estilo suizo clásico y por tanto de rigurosa etiqueta.

—Pero Hans, yo no... —iba a decir Víctor.

—Ya lo sé Víctor, ha sido todo un poco precipitado, no era el planing original pero tendrás en tu habitación todo lo necesario, te he pedido una talla 46, ¿No?, tenemos la misma altura, aunque eres un poco más delgado que yo.

— La cuarenta y seis es perfecta Hans, no sabía que tuvieras esos conocimientos —dijo Víctor sonriendo.

—Hans ¿Quién acudirá a la fiesta? —preguntó Víctor.

—Precisamente ese es el problema que tenemos Víctor, acudirán prácticamente las personas con más entidad de Suiza. Por supuesto el alcalde de Zúrich, además de muchos amigos del Sr Shoner amantes del arte.

Todos ricos Víctor. La mayoría tienen seguridad privada, pero eso ya lo tenemos superado, el problema aparece cuando cómo en este caso el primer ministro anunció que vendría y que llegaría a las nueve. Los conflictos de competencia con el sequito de la seguridad del primer ministro

suelen ser constantes, afortunadamente conozco personalmente al jefe de seguridad, y nos llevamos bien.

—Estamos llegando —añadió Hans, señalando una pequeña colina que nacía en la orilla del lago. En su parte alta se veía el castillo que parecía vigilar desde hacía cientos de años todo el pueblo de Greifensee.

CAPÍTULO II
SEVILLA. El Cura de Venecia
Doce de Mayo del 2002

Los tañidos de las campanas de la catedral a esta hora temprana, y a tan escasa distancia de dónde me encontraba, llenaban el aire con sonidos graves pero alegres. El dialogo con el camarero del bar La Giralda, a pocos metros de la imponente torre, se veía dificultado por los sonidos campaneros.

El camarero, que mantenía en su oreja derecha una tiza blanca de forma cilíndrica, con la que apuntaba directamente en la barra de madera las peticiones de los clientes, parecía inmune al ensordecedor ruido campanero, e insistía en las excelencias de un buen desayuno.

—También tenemos —decía el camarero— la manteca colorá con tropezones, la manteca blanca de cerdo que la unta en un pan mollete de Gélves y se va a chupar los dedos. Yo particularmente le recomiendo que se tome una buena *"pringá"* con un café con leche calentito, que le va a mantener distraído el estómago hasta la hora del almuerzo.

—¿Qué es la *"pringá"*? —le preguntó el reverendo Spiro.

—¡La pringá! ¿Vd. no sabe lo que es la *"pringá"*?, repite el camarero con la convicción de que todo el mundo ha de conocer ese plato, sepa caballero que aquí hacemos la mejor *"pringá"* del mundo, el Rey cuando viene a Sevilla nos la encarga a nosotros....

—Ya, ¿pero qué es ?—le vuelve a preguntar el reverendo.

—Hombre, la *"pringá"* se hace con la carne que se cuece en el cocido, y cuando esté bien blandita se saca de la olla, se mezcla machacándola con el tocino, la morcillita y el chorizo que también se hicieron en la olla junto a la carne y los garbanzos, a esa mezcla le ponemos un pelín de aceitito de oliva... pero de oliva... eh!, cuando este bien revuelto se pone

dentro de un pan blanco y se lo come. Está que quita el sentío...— explica el tabernero.

A las 9 de la mañana, acostumbrado a desayunar un cortado y tostadas de vez en cuando, la explicación detallada que realizó el camarero, que además tiene un delantal semiblanco decorado con manchas grasientas, contrajo el estómago del cura.

— Póngame un café cortado con poca leche —le pidió.

— Pero hombre con el día que hace se va a tomar solo un cortadito — responde el camarero.

— Si por favor, le insistió.

Bueno, pero le voy a poner un churrito calentito que le va a gustar mucho —dice el camarero a la vez que lo apunta con la tiza en la desgastada barra de madera que ha tomado un color blanquecino por los muchos años de uso.

Después chilla..... ¡Marchando una de churros!

Iba a protestarle, pero Spiro pensó que no merecía la pena, así que buscó acomodo en la pequeña terraza que tenía el bar en la acera de la mismísima calle Mateos Gago, al cobijo de un toldo al que no le cabía más publicidad y con una inmejorable vista de la Giralda.

El día estaba gris y una incipiente lluvia primaveral empapaba las calles dándole un peculiar brillo que realzaba la belleza de la Giralda al reflejarse en el adoquinado mojado de las calles.

La reunión que celebró ayer con el secretario del Arzobispo fue muy interesante, y no puso pegas a ninguna de las peticiones que le formuló, algo fuera de lo común. Su amabilidad fue a todas luces superior a lo que esperaba —pensaba el padre Spiro.

—Padre Spiro, mañana a las 12 puede Vd. venir a retirar la documentación solicitada así como las autorizaciones pertinentes —le dijo el secretario con una gran sonrisa.

—Es Vd. muy amable padre —le dijo Spiro.

—De nada padre— dijo el diacono—, solo espero que le sean de interés y encuentre lo que busca, además padre Spiro, viene Vd. muy bien recomendado.

No dijo nada entonces, pero la realidad era que no había acudido a ninguna persona de influencia para que le pudieran agilizar estos trámites, en ese momento le vino a la mente el Sr. Schoner, pero pensándolo bien el conocido mecenas suizo solo sabía que venía a Sevilla y no le había comentado nada acerca de la reunión en el Obispado

La llamada que recibió en el hotel esa misma tarde por el secretario arzobispal, para que pudiera atender está mañana sobre las 10, a un tal Sr. Gustav, insistiendo que dicha reunión era muy importante para el Arzobispado, llegó a intranquilizarle un poco, pero enseguida decidió no preocuparse más por ello.

Aún faltaban veinte minutos para la cita con el desconocido, y decidió emplearlos en observar sentado desde la terraza, los detalles de la recoleta y pequeña plaza de la Virgen de los Reyes, flanqueada por dos preciosos edificios de distinta arquitectura, la Catedral y el Arzobispado.

Frente al Arzobispado se encuentra la pequeña Iglesia de Santa Marta, y en la acera que bordea está parte de la plaza están aparcados unos coches de caballos, muy típicos en Sevilla .El primero de estos coches tenía enjaezado un caballo tordo, precioso, que dando golpes con su casco en el asfalto parecía querer llamar la atención de posibles clientes.

Después de ver al Sr. Gustav, —el padre Spiro pensaba dedicar parte de la mañana a visitar la catedral, también iría a ver a un colega que ejercía de párroco en la Iglesia del Salvador, gran conocedor de las tallas y pinturas del siglo XVI, pero sobretodo, el padre Spiro tenía curiosidad por conocer la historia de la Virgen crucificada que se encuentra expuesta en esa iglesia.

En estos pensamientos estaba el padre, cuando le interrumpió el camarero llevándole el café y un par de churros.

—Los churros son cortesía de la casa —dice el camarero con el gracejo característico de un sevillano, marcando la ch.

—Gracias —le dice secamente el padre Spiro, cortando cualquier conato de conversación.

El reverendo Martín Spiro removía su café, sin percatarse del hombre con gabardina gris que estaba unos metros atrás y le observaba atentamente.

La Giralda le parecía una torre fascinante, había leído profusamente acerca de la misma, de las historias sucedidas con el paso del tiempo,..

Contaban los cronistas que cuando se iba a rendir Sevilla al rey Fernando III, los moros pusieron como condición que se les dejase derribar la hermosa torre, para no sufrir la vergüenza de verla en manos cristianas. El príncipe Alfonso X presente en la negociación les advirtió, que por un solo ladrillo que faltara de ella, mandaría cortar la cabeza de todos los moros de Sevilla.

Ahora, cerrando los ojos, el reverendo Spiro intentaba imaginarse la Giralda en su construcción original, en la época musulmana, con el aca-

bado en cuatro esferas de bronce dorado de mayor a menor radio que remataban el alminar, las esferas doradas debían de reflejar los rayos del sol en todos los alrededores, señalando exactamente su posición con un espectáculo de reflejos multicolores.

Un terremoto acabó con ellas, pero, la solución adoptada por el arquitecto del Rey al sustituir el alminar musulmán, por un campanario, le parecía más en consonancia con el estilo de la torre. La figura de la veleta, llamada giraldillo es un remate perfecto que consigue darle mayor sentido cristiano al conjunto.

La lluvia se hizo más fuerte, y el toldo lleno de publicidad resultó que dejaba pasar algunas gotas de lluvia, aguando el café y los churros. El reverendo Spiro dejó la terraza y busco resguardo en la cafetería.

Al volverse Spiro pudo notar la presencia del individuo con sombrero y gabardina que se acercaba hacia la cafetería, y le pareció que le saludaba, pero no lo conocía.

Una vez dentro y acomodado, el solícito camarero le llevo la prensa del día y le preguntó si tomaría algo más.

—Un café cortado—le pidió.

Cuando el camarero iniciaba su retirada, el individuo de la gabardina le dijo: Por favor, traiga también un café solo, fuerte.

—Reverendo Spiro, permita que me presente, soy Gustav Land, y espero poder acompañarle en su desayuno, decía esto mientras se sentaba en la mesa.

—Encantado de conocerle Sr Gustav, le esperaba a las diez, veo que es Vd. cómo yo, nos adelantamos a la hora.

—Me gusta ser puntual, y prefiero diez minutos antes que diez minutos después— dijo el Sr Gustav.

—Me pasa cómo a Vd. Sr Gustav.

—Por favor, dejémoslo en Gustav.

—Pues bien Gustav, le aclaro que prácticamente ya no soy sacerdote, hace ya un mes que solicité el abandono de votos, y estoy en proceso de que me confirmen la autorización, así que puede llamarme Spiro, por favor.

—Sin embargo, Spiro, ha solicitado documentación del Arzobispado valiéndose de su prerrogativa de sacerdote.

Con esa frase, el elegante Sr Gustav, con su gabardina de diseño y su magnífico reloj de muñeca de acero y oro con esfera negra, le dio a entender que no solo le conocía, sino que estaba al tanto de la petición al

arzobispado. ¿Hasta dónde llegaría su conocimiento del proyecto objeto de la investigación?—se preguntó Spiro cambiando de actitud

—Aún soy sacerdote Sr. Gustav, es cierto. ¿Quién es Vd. y que quiere Vd. de mí?— dijo Spiro en tono firme.

—Veo Sr. Spiro que volvemos a las formalidades. Soy gerente de una organización que tiene en el arte pictórico su razón de ser, concretamente en la pintura flamenca, y más específicamente la concerniente al siglo XVI, que es objeto de toda nuestra atención. Nuestra organización está al día de los movimientos comerciales de las obras de arte de ese siglo, teniendo contacto con todas las galerías de arte, casas de subasta, museos, patrimonios históricos etc..., de forma que intentamos incrementar nuestro inventario con obras interesantes de cualquier procedencia licita.

— Existen muchas organizaciones de esas características, pero no conozco ninguna que solo quiera obras del siglo XVI, y que puede querer de mí, siendo al parecer una organización tan poderosa. Por cierto, ¿tiene nombre esa organización?—le preguntó Spiro.

—Creo que está empezando a mostrar cierto interés Sr Spiro, aclararé todas sus preguntas y dudas. Nuestra organización fue creada en el año 1543 por Herman Milos en Amberes, cómo sabe, cuna de famosos pintores flamencos, y desde entonces dedicada a cultivar y promocionar la esencia artística de los Países Bajos, o Flandes, cómo les gustaba llamar a mi país los españoles de aquella época que tenían sometida a las provincias flamencas.

El rostro de Gustav Land se contrajo en una expresión de odio contenido al recordar esa época, haciéndole perder el aplomo y seguridad que había mantenido hasta ahora. Hizo inconscientemente un movimiento mecánico de apertura y cierre de su reloj de muñeca, un reloj de forma rectangular con el fondo negro, los bordes de oro, muy llamativo, pero le estaba un poco grande. Spiro pudo visualizar un tatuaje o una marca que quedaba oculta bajo la esfera del reloj. Era cómo una estrella dentro de un círculo. Gustav capto el desvío de la mirada y continuó.

—Nuestra organización y muchos de sus componentes, fueron perseguidos y muertos en el año 1569, por las huestes del Duque negro, ó Duque de Alba cómo le conocen los españoles, confiscando nuestros bienes y robando nuestro patrimonio. Aún en esas penosas circunstancias la organización sobrevivió, convirtiéndose en clandestina, siendo el secreto de sus componentes la virtud que le ha permitido mantenerse con más fuerza que nunca en estos tiempos. Desde aquellos años, nuestra orga-

nización intenta devolver las obras que fueron robadas a sus legítimos dueños. Y sí, Sr. Spiro, tiene nombre, The Family es nuestro nombre, en alusión a los lazos indestructibles que unen a sus componentes con los objetivos de la organización, y nuestra seña de identidad es este tatuaje que discretamente ha podido observar Vd. —Gustav le enseñó de nuevo el tatuaje, en el que Spiro pudo observar tres puntos dentro del circulo. No todos los tatuajes son iguales, estos círculos definen el nivel y la jerarquía dentro de la organización, dijo Gustav Land

—¿Qué lugar ocupa Vd. Sr. Gustav dentro de su organización secreta? —pregunta Spiro con una media sonrisa que no gustó a su interlocutor.

— Lo suficientemente alta para tomar decisiones importantes, y en el caso que nos ocupa soy el responsable último.

—Me tiene intrigado Sr Gustav, ¿Cuál es caso que nos ocupa?— dijo Spiro.

—Mi organización Sr Spiro se pregunta por qué un sacerdote, con parroquia en Venecia, por tanto un elegido, quiere dejar sus votos y se embarca en una investigación sobre pintura flamenca del siglo XVI. y ¿por qué Sr Spiro su investigación está centrándose en pintores que eran miembros de nuestra organización, y en obras estrechamente ligadas a nuestro patrimonio pictórico inicial?

—¿Por qué Sr. Spiro ha solicitado autorización para investigar en la biblioteca del Arzobispado, legajos y correspondencia entre distintos pintores y personalidades del siglo XVI?

—¿Por qué, solicita archivos y correspondencia entre uno de los mayores pintores flamencos de todos los tiempos, Pieter Brueguel con algunas autoridades venecianas y pintores cómo Giulio Clovio, y Tiziano entre otros?

—¿Por qué, en definitiva Sr. Spiro busca Vd. tan concretamente las cartas de Mayken Coecke, la esposa de Brueguel, con pintores discípulos de su marido y personajes ilustres cómo Abrahán Ortelius, Niclaes y otros?

Martín Spiro se sintió desarmado ante el aluvión de información veraz que de una manera directa le había soltado su interlocutor. No podía dar respuestas concretas sin descubrir una parte esencial de su investigación. Debía de ganar tiempo, e intentar desviar la atención —pensaba Spiro.

—Si no quiere responder, o no puede Sr. Spiro, yo le refrescare la memoria. ¿Sería posible que en su iglesia en el Dorsoduro veneciano, la San Nicolo dei Mendicoli, en las obras de mejoras que se realizan en la sacristía, hubiera Vd. descubierto por casualidad algunos documentos que

contienen correspondencia entre nuestro pintor Brueguel y algún pintor veneciano, en que le indica la existencia de pinturas del siglo XVI que no están en el mercado ó tal vez haya encontrado un diario del pintor, que le proporciona elementos de juicio para realizar una investigación exhaustiva sobre las pinturas desaparecidas en aquella época? . El descubrimiento de estas pinturas tendría un valor incalculable.

Spiro no podía articular palabra alguna, era imposible que ese hombre supiera al cien por cien lo ocurrido en los dos últimos meses, solo pudo decir.....

— ¿Cómo es posible Sr. Gustav que pueda Vd. tener tanta imaginación?

—También se, que Vd. Sr. Spiro se puso en contacto con la persona que generosamente hizo un espléndido donativo para su iglesia. Usted le comunicó su hallazgo, ya que esa persona, el Sr. Cristian Schoner es conocido por ser un mecenas de proyectos relacionados con el arte y la iglesia, y que él en persona le encargó el proyecto en el que está Vd. metido ahora mismo.

Spiro no podía seguir fingiendo ignorancia, tomando una fuerte inspiración, que sabía que le producía cierta calma momentánea, tomó la decisión de enfrentarse a ese personaje que se había introducido espontáneamente en su vida

—Sr. Gustav ¿Qué es lo que realmente quiere de mí? — preguntó Spiro.

— Algo relativamente fácil, por una parte queremos que nos dé Vd., los documentos hallados en su iglesia y por otra ofrecerle un trato de colaboración en la investigación de ese hallazgo. Dispondrá de todos los medios que sean necesarios, reconocimiento en la sociedad científica y por supuesto una remuneración económica que duplicaría la cantidad que le ha ofrecido el Sr Schoner. Además Sr. Spiro, tenga en cuenta que esa documentación pertenece a la Iglesia.

Spiro estaba decidido a continuar con el acuerdo de Schoner, pero aún tenía curiosidad en conocer más del individuo llamado Gustav y su organización. Mientras parecía meditar la oferta, el silencio fue interrumpido por el sonido del móvil del tal Gustav.

— Disculpe Sr. Spiro, tengo que atender la llamada.

La conversación era ininteligible para Spiro, que aguzaba el oído en su determinación de descifrar alguna frase o palabra, parece holandés —pensaba—. Inconscientemente iba pintando el tatuaje que vio en la muñeca de Gustav Land en una servilleta de papel. Guardó el dibujo discre-

tamente en su bolsillo, tal vez pueda servirme para algo —pensó Spiro.

—Bien Sr Spiro, el tiempo se acaba y necesito una respuesta a mi oferta.

—En realidad Sr. Gustav tengo algunas dudas sobre Vd. y su organización, por ejemplo, cuando dice Vd. que les dé la supuesta documentación encontrada, ¿a quién exactamente se refiere? En el caso del Sr. Schoner sé exactamente quien me contrata. ¿Entiende?, ¿Podría aclararme quien es la persona que mueve los hilos en su organización?

— Basta ya de palabrería— dijo Gustav— en un tono tan duro que no dejaba lugar a dudas de que la conversación estaba a punto de finalizar. Creí que hablaba con una persona inteligente, pero veo que no ha comprendido nada. Sr. Spiro, ¿Quién cree Vd. que le ha proporcionado su reunión en el arzobispado, y porqué han atendido su solicitud con celeridad? Sin nosotros, sin nuestra ayuda está Vd. perdido. Por última vez—casi grita Gustav— ¿acepta nuestra oferta?

— ¡No! definitivamente no. El tono y la seguridad de la respuesta sorprendieron al propio Spiro, que se empezó a sentir excesivamente nervioso.

—En ese caso he de advertirle que desde este preciso momento se abstenga de continuar la investigación que ha comenzado, aunque ya no tenga prácticamente nada que hacer, ni por supuesto informe al Sr. Schoner de esta reunión. En lo relativo a Vd., sepa que informaremos a sus superiores jerárquicos de la apropiación indebida y sustracción de documentos de interés para la iglesia. Sepa que si da un paso en la dirección de la investigación, y no cumple lo que le he dicho sufrirá nefastas consecuencias.

— ¿Es una amenaza Sr. Gustav? —dice Spiro.

—Sí, y no suelo amenazar en vano.

Con estas últimas palabras Gustav se levantó airadamente y salió de la cafetería en dirección contraria a la giralda, dejando a Martín Spiro sentado en la silla con las pulsaciones aceleradas.

Respira hondo— decía mentalmente Spiro—, cálmate Martín, se repetía, mientras pensaba en los pasos a dar. Tendría que avisar al Sr. Schoner de la reunión, pero era evidente que hay un infiltrado de la organización en el equipo de Schoner, se van a enterar si me pongo en contacto en este momento, y por ahora prefiero no agitar al tal Gustav, bien, recogeré la documentación del arzobispado y regresaré a Madrid. Tendré tiempo de pensar con tranquilidad durante el trayecto. Ahora si echo de menos un móvil, esa puede ser una solución, compraré un móvil de prepago y

llamaré a quien quiera. Animado por este pensamiento hizo una señal al camarero para abonarle la cuenta

—Que tenga un buen día,— le gritó el camarero desde detrás de la barra.

— Supongo que la propina ha sido suficiente— pensó Spiro— abrumado por la amabilidad del camarero.

Había dejado de llover, aunque Spiro no se había dado cuenta.

La información que le había proporcionado Gustav sobre la organización llamada The Family daba sentido a los manuscritos encontrados en la iglesia. La insinuación de que algunos de los personajes importantes de la época y el propio pintor Brueguel, pudiera ser un posible miembro de la antigua organización, entraba dentro de lo posible, pues en aquella época era corriente la pertenencia a organizaciones de ese tipo.

Pieter Brueguel era el autor de puño y letra de los manuscritos que él encontró, y aunque aún no estaban autentificados, Spiro tenía la firme convicción de su veracidad. Esto abría una nueva dimensión a la investigación. Se propuso como primera medida conocer todo lo posible la historia de esa secta. La palabra secta le vino espontáneamente a la mente de Spiro, probablemente porque eso era desde el principio lo que creía.

Se acordó del dibujo hecho en la servilleta, lo buscó en su bolsillo y lo encontró, estaba bastante bien definido, aunque lo retocaré más tarde —pensó.

La amenaza le había afectado mucho, aunque Spiro era de las personas que sin ser atrevidos se crecen ante la adversidad, no estaba dispuesto a permitir que esos individuos y su dichosa secta se salieran con la suya. Ahora era el momento de ser prudente y pensar los siguientes pasos con tranquilidad.

Unas gotas que resbalaban del toldo cayeron con toda su frialdad en la cabeza despejada de pelo de Spiro, que dando un respingo volvió a la realidad.

Miro el reloj, aún faltaba media hora para ir al arzobispado. Estaba pensando si acercarse al hotel Dª María y esperar ó una visita corta a La Catedral, decidiéndose por esto último.

Era la segunda vez que Spiro visitaba la Catedral de Sevilla, la primera visita fue hace unos treinta y cinco años, recién ordenado sacerdote, invitado por el Colegio de Seminaristas, que en aquel entonces hacía intercambios con las promociones de nuevos sacerdotes de Venecia.

Si antes le había impresionado la fortaleza y magnitud de su fachada, ahora según se acercaba percibía emocionado la colosal magnitud del

conjunto. A Spiro le gustaba iniciar la visita por la esquina derecha de la torre, dónde en su base se aprecian piedras de la época romana. Por lo visto para efectuar la cimentación, los moros destruyeron parte de las ruinas Itálicas de diversos templos romanos cómo el de la calle Mármoles y los usaron cómo base. Se dice que la cimentación de la catedral abarca más de tres veces sus medidas, aunque exagerado, esto pudiera ser una prevención adecuada por la fragilidad del terreno, movedizo y de gran humedad.

Aún recordaba a su colega el reverendo Viteri, ahora en la parroquia del Salvador, explicándole estás cosas en su primera visita allá por el año 1967.

Entró a la catedral por el patio de los naranjos, edificado sobre una iglesia visigoda. El olor a naranjos jóvenes impregnaba la plaza.

Se dirige hacia la nave de la izquierda, para ver de nuevo tres objetos sorprendentes colgados del techo, un cocodrilo de tamaño natural, un bocado o freno de caballo y un bastón de mando. Estos objetos curiosos tenían su historia, según le contó su compañero y amigo Viteri. Cuenta la leyenda que allá por el año 1.270 el sultán de Egipto envió una embajada a D. Alfonso X el Sabio para pedirle la mano de su hija Berenguela, y entre los presentes se encontraban un fabuloso cocodrilo del Nilo vivo con una apariencia feroz, debidamente enjaulado, así como una jirafa, con su montura, freno y bridas.

El rey castellano rechazó la petición de mano de su hija, y despidió a la embajada con regalos para el sultán. El cocodrilo vivió algunos años en una alberca de los jardines del Alcázar, cuando murió, fue disecado y colgado en el techo de una nave del patio de los naranjos. Spiro se deleita con la historia que está escuchando de un guía que la narra a un grupo de turistas.

Su mirada se cruza fugazmente con la de un individuo que parecía hacerle una foto, le sigue, ahora lo ve perfectamente, es calvo, la cara redonda, inconfundibles gafas de ver con monturas redondas de alambre fino, lo recordaba perfectamente en la estación del AVE de Madrid, no puede ser casualidad verle aquí, pensaba con celeridad Spiro. Le viene a la memoria el mismo personaje, que vio ayer saliendo del vestíbulo del hotel, lo recuerda perfectamente.

Allí estaba este individuo a escasos metros de él, mirándole fijamente. ¡ Dios mío!, le había seguido desde Madrid. Solo había estado tres días en Madrid. ¿Desde cuándo le vigilaban? ¿Conocían el apartamento dónde vivía? ¿Y su visita a la casa palacio del Conde de Villamediana?

Spiro sale a paso rápido del recinto, se arrepiente de no haber comu-

nicado el contenido completo del importante hallazgo documental que encontró en su iglesia a la persona que le contrató, pero el Arzobispo había de ser el primero en saber todo lo concerniente a la investigación, ya que en otro caso no me permitirían acceder a sus archivos y su secretario me lo dejó bien claro, hizo hincapié en la comunicación inmediata de cualquier pista, soy sacerdote y me debo a ello— se justificaba Spiro, al menos el Sr. Schoner sabe que estoy en Sevilla.

Estaba muy alterado, ¿Sabrían que había depositado sus notas y documentos en una carpeta en una caja de seguridad de una oficina de correos? Se palpó la llave a través del pantalón, y al notarla se tranquilizó. Dirigió sus pasos al edificio arzobispal, que se encontraba a escasos metros, debía recoger los documentos que le dijo el secretario arzobispal el día anterior.

—Buenos días—dijo—, dirigiéndose a un diacono que parecía ser el encargado de la administración.

—Soy Martín Spiro. El reverendo Lucas, secretario del Obispo me dijo que viniera a recoger unos documentos a mi nombre.

— Un momento reverendo, tardaré unos minutos, ¿Quiere Vd. tomar asiento?

—No, gracias esperare aquí mismo— respondió Spiro.

El joven sacerdote que le atendía, tecleó unos datos en su ordenador y en su cara se reflejaba cierto asombro.

—Perdón reverendo, —¿su nombre es Martín Spiro?

— Si, contestó Spiro

—Pues según tengo indicado aquí en la pantalla, esa documentación fue entregada está mañana, concretamente a las nueve y cuarenta y cinco

—Pero eso es imposible, yo no he recogido nada de nada.

— Miraré en la carpeta de salida, un momento.... Si, aquí está ¿Es está su firma reverendo?

— Sí..., digo no, se parece mucho es una buena imitación pero no es la mía, mire, mire — Spiro le muestra su pasaporte.

— Son iguales reverendo —dice el sacerdote.

— Pero yo no he estado aquí está mañana a recoger nada, ¿cómo era la persona a la que Vd. entrego la documentación? —dice Spiro en un estado de puro nerviosismo.

— Yo me acabo de incorporar hace unos diez minutos. Preguntaré a mi compañero. El sacerdote marca un número interior y habla con un tal Julián, luego dice dirigiéndose a Spiro.

— Reverendo, mi compañero insiste en que el pasaporte presentado para recoger la documentación estaba totalmente en regla.

— ¿Puede describir a la persona que la recogió?

— Julián, ¿te acuerdas de los rasgos físicos de la persona que recogió el sobre?— le pregunta el diacono a su compañero a través del teléfono.

Si, si,.. Dime. Dice mi compañero que le llamó la atención por su cara redonda, tenía gafas redondas, y era calvo —le trasmite el diacono.

Era la viva descripción del personaje que le seguía.

— Pero es imposible— decía Spiro— . Por favor podría pasarme comunicación con el reverendo Lucas.

Después de marcar el número del secretario dos veces, el diacono le comentó:

—El reverendo no coge el teléfono, espere un momento que intentare localizarlo — dice el diacono.

Después de unos minutos de espera en los que Spiro no era capaz de asimilar el cúmulo de acontecimientos que le estaban sucediendo escucha la voz del diacono.

—Reverendo, Reverendo... el padre Lucas ha salido de viaje está mañana, y no regresará en una semana. ¿Le pasa algo padre?

——Siéntese aquí, por favor, le señalaba una silla dentro de un pequeño despacho. ¿Le traigo un poco de agua? —le preguntaba el diacono.

—Sí, un poco de agua ira bien. No es nada, un pequeño mareo — dijo Spiro.

El mundo se le vino abajo, fiel a su método Spiro inspiraba y expiraba intensamente intentando relajarse y centrar sus pensamientos.

Había sido todo una trampa para obtener información. El secretario del Obispo tenía que estar involucrado forzosamente en la trama, su insistencia en conocer con prioridad el hallazgo,..... la reunión que concertó con el Sr. Gustav.

La traición del reverendo Lucas le dolió, le partió el alma. Bueno — acabó pensando— yo tampoco le he contado todo, y terminó sonriendo. Y sobre todo —se preguntaba Spiro —¿Solo el Reverendo Lucas?, y pensaba en instancias jerárquicas más altas.

Bebió unos sorbos de agua del vaso que amablemente le ofrecía el diacono.

—¿Mejor ahora padre?— le dijo.

—Sí, gracias, necesito llamar por teléfono —le dijo Spiro.

— Use ese mismo padre, marque el cero y después el número...

— Le tengo que pedir un favor— dice Spiro— ¿me podría conseguir un móvil para hacer la llamada? La desconfianza de Martín Spiro era extrema.

—Es que no quiero que la persona a la que voy a llamar sepa que estoy en Sevilla — fue lo primero que se le ocurrió.

— Tenga reverendo, le dejo el mío, es privado y no se identifica la llamada— diciendo esto el diacono le entregó su móvil. Disculpe padre saldré fuera a seguir trabajando.

— Gracias, termino enseguida —dijo Spiro.

La primera llamada fue para el número móvil privado que le dio el Sr. Schoner y que había memorizado. La llamada no era posible, pues el móvil del diacono no estaba activado para llamadas al extranjero.

La segunda llamada fue para el teléfono privado fijo del párroco de la Iglesia del Salvador en Sevilla. Saltó el contestador.

—Amigo mío, soy Martín, estoy en un apuro, iré a verte en una hora, necesito que puedas obtener información acerca de una organización holandesa llamada The Family, es antigua, del siglo XVI creo, también quiero saber todo lo posible de un tal Gustav Land que parece ser miembro de la misma. Sé que eres muy bueno en eso. Te veo pronto. No devuelvas está llamada.

Salió del Arzobispado absorto en los acontecimientos últimos.

Mientras andaba con paso rápido por la calle D. Remondo en dirección a la Iglesia del Salvador pensaba un plan, primero constatar si el hombre le seguía, después deshacerse de todas las pistas, en ese sentido Spiro se tranquilizó, pues en un alarde de cordura guardó sus notas en una oficina de correos de Madrid, espero que ese hombre no lo hubiera visto — otra vez se intranquiliza —, en el hotel no tiene nada de relevancia —piensa Spiro.

Va camino de la Iglesia del Salvador, estaba pasando por la calle Mármoles, le hubiera gustado observar con detenimiento las columnas romanas que aparecen a su izquierda, las columnas de Hércules. Hay otras columnas similares en la alameda del mismo nombre, estas, casi las puede tocar con las manos. Se siente fatigado. En la esquina siguiente me pararé y mirare si realmente me sigue alguien o son cosas mías —piensa Spiro.

Al final de la calle, en su confluencia con Muñoz y Pavón vuelve la mirada, no ve a nadie, parece que lo ha despistado ó sencillamente no pasa

nada, seguro que es el estrés de la investigación.

Un teléfono móvil suena, suena insistentemente, ¡pero yo no tengo teléfono móvil!—se dice Spiro—. Es el teléfono del Diacono que aún no lo ha devuelto, lo busca en su bolsillo y entra en un soportal para resguardarse de la lluvia que ahora cae con intensidad, finalmente lo activa.

—Dígame.

—Reverendo Spiro, soy el diacono del Arzobispado...

—Sí, disculpa —Spiro no le dejo terminar la frase—, con las prisas me olvidé de devolverte el teléfono, estoy allí en diez minutos.

Vuelve sobre sus pasos, la lluvia ahora empieza a ser fuerte, y no encuentra un lugar dónde guarecerse, está empapado, nuevamente ejercita la inspiración— he de tranquilizarme—, no puedo pensar con claridad.

Ahora podía ver mucho mejor las columnas de Hércules, y justo enfrente de ellas había un pequeño resquicio dónde eludir la lluvia.

Ensimismado en la contemplación no se dio cuenta que por la izquierda se acercaba una persona que se paró a su lado.

— Sr Spiro, le agradecería que me acompañase —le dijo el desconocido, con voz de marcado acento sudamericano.

—¿Quién es Vd.? ¿Le conozco? —casi grita Spiro asustado por la sorpresa.

—Mi nombre no le dirá nada, pero mi jefe me ha encargado que le lleve con él —le dijo el individuo— a la vez que con una mano desplazó el borde de la gabardina y dejó entrever una pistola.

—No me lo pondrá difícil, verdad Sr — insiste el personaje—. Además mi amigo el Sr. Klaus está deseando tener una charla con Vd. —dijo, señalando al individuo de cara redonda que se acercaba hacia ellos.

—Sr Spiro, soy Klaus, pero nosotros si nos conocemos aunque sea de vista, hace unos minutos estábamos en la Catedral.

Spiro estaba aterrado, flanqueado por un lado por el sudamericano y frente a él, la persona que le seguía y que había suplantado su personalidad en el arzobispado.

— Buenos días Sr Spiro, por su expresión veo que se acuerda de mí, hemos viajado juntos en estos días —dijo Klaus con una cínica sonrisa.

—No llevo nada de valor —dice Spiro— la respiración se le hacía cada vez más rápida, déjenme en paz.

— ¿Realmente nos toma por atracadores? le creía más inteligente, solo queremos hablar un poco con Vd. —dijo Klaus.

— ¿Y de que podemos hablar, si no le conozco de nada? —dijo Spiro.

— Vamos Sr Spiro, sabe Vd. muy bien lo que queremos de Vd., mi jefe ya se lo pidió educadamente está mañana, y me ha encargado que vuelva a hablar con Vd. de nuevo por si ha recordado algo. Además no le ha hecho Vd. el más mínimo caso de su advertencia, y eso no le ha gustado nada.

A pesar de la lluvia, Spiro sudaba, tenía que ganar tiempo, aprovechar un descuido y correr, correr mucho hasta despistarlos.

—Ya le dije a su jefe lo que sabía —dijo Spiro con voz grave y fuerte.

—No es la respuesta que quería oír, vamos a dar un paseo en coche, para ver si podemos acabar esta reunión en paz— dijo Klaus—, obligándole a andar en dirección al Hotel Dª María.

— Será mejor que lleguemos a algún acuerdo —decía el hombre de gafas.

Llevaban unos cuarenta metros andando y habían doblado la esquina de la calle Abades, Spiro pensaba en la llave de la caja de seguridad que llevaba en el bolsillo, y el móvil, si lo cogieran podrían descubrir a su amigo Viteri, en la Iglesia del Salvador, estos pensamientos le intranquilizaban enormemente, no puedo dejar que se apropien de la llave y el móvil —pensó Spiro, que en un movimiento rápido se zafó del sudamericano que le tenía cogido por el brazo y corrió de nuevo hacia la calle Mármoles, doblando rápidamente la esquina y desapareciendo de la vista de los dos secuestradores.

—Maldita sea —exclamó el sudamericano—, y ambos salieron tras Martín Spiro.

Spiro, saco una buena ventaja en su carrera, parecía que tenía alas en los pies, al pasar por las columnas de Hércules pudo tirar el móvil sin que le vieran sus perseguidores, ahora había muchos metros en línea recta, los perseguidores podrían usar sus armas, además no había nadie en la calle aunque prácticamente ya no llovía .

Mientras corría Spiro empezó a temer seriamente por su vida, y unas lágrimas corrieron por su rostro, lágrimas de impotencia, de ninguna manera cedería ante estos matones—pensaba Spiro con pleno convencimiento.

—Párese Sr. Spiro, o tendremos que disparar—escuchó los gritos de amenaza de los perseguidores.

Estaba a escasos metros de doblar la esquina y tal vez pudiera ponerse a salvo. Mira hacia atrás y tiene una espeluznante visión, el asesino está

con una rodilla en tierra apuntándole con su arma, en cualquier momento podría sentir el impacto de una bala. He de seguir corriendo— pensaba Spiro— no puedo hablar con ese tipo, de pronto recuerda la llave, la llave de la caja dónde tiene guardado la agenda y varios legajos, la encuentra en su bolsillo, no cree que pueda llegar a la esquina de la calle para ponerse inicialmente a salvo, siente un escozor en el cuello, pero sigue vivo, se acerca a la esquina de Candilejo, el corazón le va estallar, no sabe qué hacer con la llave, no puede caer en manos del tal Klaus, podría tragársela, es pequeña, el asesino le gana terreno está muy cerca ahora no fallara seguro —piensa Spiro, sin pensarlo más decide tragarse la llave, sigue corriendo pero se asfixia, he de parar —¡ Dios!—, la llave no le deja respirar, tose fuertemente, es inútil, se asfixia, siente que la vida se le escapa, no puede gritar, cae al suelo, está débil, no puede luchar, ve a varias personas a su alrededor intentan atenderle, con los ojos entrecerrados ve la silueta del asesino, le está registrando, llegan otras personas, parece que no va a conseguir nada, la luz se apaga, la cara de asombro del pistolero le hizo esbozar una incipiente sonrisa al sacerdote veneciano.

En una cafetería cercana, el asesino llama desde una cabina telefónica, la noticia no va a gustarle a su jefe, pero ha tenido que matarlo, no había documentación en el registro de su habitación ni en sus bolsillos, además no estaba dispuesto a colaborar.

—Señor, le habla Klaus, El Sr. Spiro ha muerto, ha sido inevitable Sr., se hubiera escapado. No había nada en su habitación de hotel, ni en el apartamento de Madrid —le decía a su interlocutor— En ningún momento ha podido comunicarse, si Sr. totalmente seguro. Es conveniente que salgamos de Sevilla cuanto antes.

CAPÍTULO III
ZURICH. GREINFISEE. La Fiesta
Veinte de Mayo 2002. 19:00 PM

La habitación que habían asignado a Víctor Sanz en la mansión castillo del Sr. Schoner, cumplía con todos los requisitos para que la imaginación le transportara a siglos anteriores.

Seguramente esto estará lleno de espíritus y fantasmas a los que espero caerles bien —pensaba Víctor.

Sobre la cama, estaba la ropa de etiqueta que Hans le había proporcionado.

¿Quiénes habrán dormido en está cama? —se preguntaba Víctor —, y sobretodo ¿Cómo se subirían a ella?

La cama tenía en cada esquina una columna torneada de madera de unos dos metros de altura rematadas en un dosel del que caían unas especies de cortinas de un tejido semitransparente.

Recostado sobre la cama, tenía una perspectiva de toda la habitación, miraba inicialmente cualquier indicio de instalación de cámaras aunque Hans le había dicho que en esta zona no las había, no estaba de más cerciorarse de ello, después empezó a recrearse con la belleza arquitectónica interior, que parece que la habían mantenido tal cómo era originariamente, pero sin duda lo que más le gustaba de la habitación era la gran chimenea.

La parte central de la chimenea culminaba en forma de un suave arco, que la hacía parecer de mayor dimensión, pero sobretodo había dos sillones orejeros que tenían la apariencia de ser tremendamente cómodos, estaban frente a la chimenea con una mesita baja entre ellos, Víctor se imaginaba una velada de lectura invernal, escuchando el chisporroteo de los troncos encendidos y con un buen vaso de whisky de malta, Macallan

18 años para ser más preciso, bebiéndolo en pequeños tragos, con la lluvia golpeando en la cristalera de la ventana.

Su pensamiento quedo interrumpido por el sonido del móvil. Era Brian.

—¿Qué tal Brian, cómo están las cosas por ahí?

—Muy bien Vic —respondió Brian.

— Han aceptado mis condiciones Brian. Parece un trabajo muy interesante, pero mañana podré decirte algo más específico —dijo Víctor.

—Estupendo Vic. Te tengo localizado a unos veinte Kms. de Zúrich, cerca de un pueblo llamado Greifensee. ¿No tienes activado el otro móvil?

—No Brian, lo activare ahora. Mantente en línea está tarde, tal vez te necesite.

—OK Vic.

Era todavía pronto, pero quería darse un baño relajado, vestirse y husmear en las cercanías de la habitación. Cuando le acompañaron a su habitación habían pasado al lado de un larguísimo pasillo con una bóveda de arcos, que parecía repleta de cuadros a ambos lados de las paredes. Le haría una visita antes de ir a la fiesta —pensaba Víctor.

De pronto lo vio, fue al intentar colgar la chaqueta en una de las perchas del armario vacío, pegado a la manga, en la parte trasera había una pequeña pegatina circular transparente en sus bordes y más oscura en el centro, era muy pequeña. Víctor la despego con sumo cuidado, y observándola más de cerca se podía ver la presencia de un artilugio diminuto que parecía ser un microchip. Víctor marcó rápidamente el número de Brian.

— Hola Vic, veo que me echas de menos —sonó la voz alegre y jovial de Brian.

—Escucha Brian, creo que tenía un dispositivo de escucha que no conozco, pegado a mi chaqueta. Te lo enseño — le dijo Víctor—, enfocando el móvil al dispositivo de plástico.

— Es suficiente Vic, lo veo perfectamente, llevas razón es un Centiun 300XG, lo último en tecnologías de escuchas, funciona a través del satélite Eutelsat, ha salido al mercado hace unos dos meses, es de una fiabilidad absoluta en cualquier lugar de Europa.

—Quieres decir Brian, ¿que han escuchado todas mis conversaciones?— pregunta Víctor.